

La Invenible

Vicente Quirarte

El principio y eje conductor de este ensayo autobiográfico es la muerte del padre, el historiador Martín Quirarte. Reflexión sobre la escritura y la vida, la creación y sus inciertos, innumerables caminos, el autor concluye que si vivir es escribir con todo el cuerpo, la resistencia es mejor que la existencia.

A Miguel Limón Rojas y padre

—¿Quién se murió primero?
—El primero no sé, pero el último fue el capitán.

Priscila Witt Córdova,
Exposición oral sobre el hundimiento del *Titanic*,
Jardín de Niños Kuruwi, 26 de abril de 2012

Existen varios puentes en Ciudad Universitaria. Para mí, uno es el puente. Debido a sus delgadas planchas de acero, se cimbra, suena, habla como si respondiera al vigor de los pasos que lo tocan. Hoy comienza el año en que cumpliré la edad que mi padre tenía al morir. Es domingo y el puente, todo para mí. Lo cruzo con músculos, corazón y aliento que aún quieren sonar en la sinfonía del mundo aunque no tengan la fuerza, el brillo, la flexibilidad de antes. Ahora que todo es más intenso. Durante mucho tiempo lo evadí. Más poderoso que la pena, el dolor fue mitigándose para darme otra vez la convicción de que los puentes nacen para modificar el tiempo y el espacio. Ahora paso por él siempre que puedo y lo celebro inundado de estudiantes que hacen del presente un arma invencible.

Aquí estuvo mi padre los últimos momentos de su vida. Sentado a la orilla, con un lápiz en la mano. Puedo afirmarlo así porque mi amigo Carlos Pujalte coincidió

en el lugar de los hechos, sin saber que ese hombre, en un sitio y una actitud desconcertantes, era mi padre. Un lápiz en la mano. ¿Qué sucedió con él? ¿Quién lo rescató y lo siguió utilizando? ¿Y el portafolios que siempre lo acompañaba como fiel escudero? Mi padre venía de dar clase en la Facultad de Filosofía y Letras y quiso caer en su campo de batalla, dentro de los límites de la Universidad.

Carlos acostumbraba correr a esa hora poco habitual. Como parte del paisaje vio a un hombre sentado en el puente. De pronto dejó de verlo. No lo vio caer pero sí vio al caído. Me consuela saber que en medio de los curiosos desconocidos que comenzaron a agolparse alrededor, el gran corazón de Carlos, que por razones naturales debe de haber palpitado más que nunca, acompañaba al de mi padre, que paulatinamente se apagaba. Y así como Roberto Moreno de los Arcos, joven director del Instituto de Investigaciones Históricas, fue la última persona cercana que habló con él, mientras las jacarandas proclamaban como en ninguna otra parte de nuestra ciudad la inminente primavera, Carlos Pujalte pudo decirme que papá no murió instantáneamente: jalaba con ansia todo el aire, para que la ingrata vida tuviera su final en tono mayor. Me lo contó la mañana en que juntos fuimos a visitar el sitio.

And I only am escaped alone to tell thee, exclama el Ismael de Herman Melville al final de *Moby Dick*, con palabras del Libro de Job. No sólo porque yo no estaba en la Ciudad de México cuando los seres más próximos a la familia comenzaron a hablar, con piadoso y bienintencionado eufemismo, del accidente que había sufrido el maestro Quirarte, me obsesioné por reconstruir cada momento de su estar en el mundo. Carlos me explicó dónde estaba sentado papá, las ramas que había roto su cuerpo, la forma en que había calculado caer para no hacerlo encima de un automóvil o debajo de sus ruedas. Para no interrumpir el tránsito. Para no arruinarle el día a terceros. Para que la vida continuara y fuera labor exclusiva de su tribu quedarse a descifrar lo indescifrable.

¿Qué libro llevaba? ¿Qué dijo a sus alumnos? Una de sus lecturas reincidentes era el cuento de Alphonse Daudet en que un profesor de francés, durante la ocupación prusiana de 1871, dice a sus estudiantes que los invasores han determinado que sólo se enseñe alemán en las escuelas de Alsacia y Lorena. Por lo tanto, ha sido removido de su puesto y ésa será la última clase. Al final de ella, y al escuchar a los prusianos que vuelven de hacer ejercicios militares, en el pizarrón escribe *Vive la France*. La voz narrativa es articulada por un alumno que llega tarde a clase y nunca antes había aprovechado las lecciones del profesor que durante cuarenta años se afanó en demostrar que el francés era la lengua más hermosa del mundo, patrimonio que otorga orgullo e identidad de patria, porque, explicaba *monsieur* Hamel, “cuando un pueblo cae en la esclavitud, si conserva bien la lengua propia, es como si tuviera la llave de la prisión”.

Después de dar ésa que fue su última clase, ¿tenía mi padre el saco puesto o se lo había quitado para aliviar el calor? No se lo pregunté a Carlos y sólo ahora aparece la pregunta. Cuando llega el momento decisivo, no obstante el trastorno que acompaña la separación del ritmo natural de la existencia, hay un apego al ritual que sitúa en un mismo pentagrama a príncipe y mendigo: el último lento y abundante desayuno de Maximiliano, la postrera copa de vino a las seis de la mañana, antes de ser fusilado en Querétaro. El personaje evocado por George Orwell que, descalzo y con taparrabos, tiene la elegancia instintiva de esquivar un charco cuando se dirige al sitio de su ejecución.

Los puentes y los angustiados. Extraña, inevitable pareja. Los auténticos vencidos no se salvan. Logran hacerlo, a veces, los enamorados. Voraces como nadie, el amor los parte con un rayo seco y les otorga la posibilidad de la resurrección. Los otros se arrojan seguros de llevar un ancla al cuello. Quien evade a la Parca, desquicia las agujas del cuadrante: su tiempo no ha llegado. Únicamente el samurái que se hunde su *obediente acero*, altivo y fulgurante como nunca, es señor de la vida y de la muerte.

* * *

La Invencible abre los domingos. De semejante provocación viene su nombre. De tal profanación, su resistencia. Invencible su convocatoria para quienes llegan a aliviar heridas del naufragio, sordos a la insistencia del campanario en la vecina iglesia de San Jacinto. La Invencible. Desvencijada y mínima, sus puertas batientes que han renunciado a la dignidad amenazada del vidrio, parece nacida con San Ángel, donde confluyen los latidos más hondos del barrio, sus instituciones aposentadas en edificios que conservan usos y rostros originales: el baño público cuya fachada de ladrillo reitera su nombre Colonial; el mercado Melchor Múzquiz donde no falta uno solo de los colores, los aromas, los sonidos de México; el sitio de Taxis San Jacinto, que a sus setenta y cinco años ostenta el orgullo de ser el más antiguo de la ciudad.

La Invencible es flanqueada exclusivamente por apellidos, como si de compañeros de banca se tratara: Arteaga, Gálvez, Frontera. Al caminar por esta última no hace daño decir el nombre completo del general José Frontera, que transformó su condición civil para enfrentar al invasor estadounidense, ser abandonado y muerto en la batalla de Padierna: una placa en San Jacinto, apenas recientemente colocada, explica su memorable actuación. Se consignan desde antes los nombres del batallón irlandés de San Patricio, comandados por John O'Reilly, algunos castigados, otros ejecutados por oponerse a una nueva guerra de conquista. La ceremonia anual que se organiza cada 12 de septiembre para recordarlos es, de tan íntima, sólo conocida por sus iniciados y los habitantes del barrio: con su presencia rinden homenaje a sus antepasados que descolgaron los cuerpos y les dieron sepultura en la vecina iglesia de Tlacopac. Se llega por la calle que conserva, en el nombre y en la anchura, el nombre de Reyna. Otras historias, no por cotidianas menos señaladas. Un día del siglo XIX, a San Ángel llegó a caballo el joven Manuel Payno. Al aplicar a su viaje el calificativo *sentimental*, transformó el concepto de locomoción práctica en peregrinación del alma. En los albores del siglo XX, por estas calles pasó el cuerpo duro y palpitante de Santa, antes de abordar el tren hacia una ciudad donde la esperaban el esplendor y la miseria.

Con sus veinte metros cuadrados, La Invencible tiene dimensiones de camarote. Su barra, el aspecto de muelle en que vienen a recalar navíos perdidos. En La Invencible no se come. Sus mesas escueltas alojan a lo sumo a cuatro, pero invitan más que nada al solo. Solo se bebe y solo se camina en el filo de la vida. Y de la muerte. Así debe de haber sido el Spouter Inn, adonde llega el Ismael de *Moby Dick* antes de dar inicio a una aventura de consecuencias impredecibles. La vida no



Martín Quirarte (1924-1980)

es la literatura pero su obligación es ser como ella. El acoso al leviatán nos lleva a leer el mundo y transformarlo en letras.

Mientras me recupero del humillante calor de afuera y poco a poco el cuerpo se adapta a la frescura de esta cueva milagrosa, pido un tequila Herradura blanco acompañado de la cerveza más fría de la cantina, a esa temperatura que sólo sabe crear el hielo en bloque. Ha venido conmigo un hermano de Ismael, llamado Bartleby, compañero inseparable desde la adolescencia. En una de mis solitarias y largas caminatas de fines de semana, cuando la única incondicional se llamaba la lectura, no tuve más remedio que detenerme en una banca a devorar aquel texto inagotable. ¿Por qué traer a Bartleby, a leerlo otra vez, precisamente hoy, a *La Invencible*? Tal vez para convencerme de que añadir una línea más a todo lo escrito es una tarea imposible pero que siempre habrá caminos para decir *de otro modo lo mismo*. Seguramente, cuando a mi padre le aconsejaron que aceptara vivir una existencia mutilada, con sus ojos ya en otra parte contestó: “Preferiría no hacerlo”: en todo cuanto hizo se dedicó a ser fiel a esta verdad, basada en la estoica negación. Puso sus mejores cartas a la palabra escrita. No escribir era morir.

Uno de los últimos días de su vida lo vislumbré en un café cercano a Insurgentes al que solía ir en compañía de sus alumnos y donde compensaba sus prolongadas estancias con espléndidas propinas. Desde la calle lo descubrí solo, acodado en una mesa, en una inmovilidad desoladora. Su rostro ya no estaba en este mundo y una mirada ceniza invocaba con urgencia la piedad de la muerte. Me seguí de largo, con la inmediata mandíbula del remordimiento afianzada en la carne del alma. Mi instinto vital me alejaba de quien se hundía con el barco, pero que dentro de su personal maremoto todo

lo preparaba para que el resto de la tripulación no se perdiera. Su actitud física —reflejo de su alma— era la del ángel de Durero: rodeado de todos los instrumentos para trazar y construir lo que sus habilidades le exigían, aquéllas para las que estaba preparado, su gesto amargo lo transformaban en su peor enemigo, lo hacían blanco impecable de sus insospechables e íntimos dolores. Alguien muy sabio y longevo, Johann Wolfgang Von Goethe, escribió que la actividad fresca y renovada es la única manera de sobreponerse a la adversidad. De esas últimas semanas en que mi padre estuvo en el mundo recuerdo con qué alegría y alivio lo descubrí una mañana, recién bañado y luminoso, de pie en su alto escritorio, que evocaba al de Hemingway. Me invadía entonces la pasajera y consoladora seguridad de que era capaz de vencer las tempestades que lo amenazaran a él y a los de su barco.

La Invencible. El mismo adjetivo, igualmente con mayúscula, utilizó Felipe II para bautizar a su Armada. Invencible cada uno de sus bronces y velas, jarcias y mascarones. La derrotaron los elementos antes que sus humanos enemigos. A esta otra nada la vence. Por eso impone el inaudito poder de la minúscula: invencible es la vida y no la muerte. Invencible la poesía, pero no hay honor más alto que enfrentarla; invencible la pasión amorosa y su áspero laberinto de señuelos; invencible la Oscura Señora de la Melancolía, que pasa largas estancias en casa de quienes dejan sus puertas más abiertas.

Hoy es domingo y he rebasado la edad que mi padre tenía cuando decidió abandonar el mundo, incapaz de enfrentar ya no victoriosa sino decorosamente a *La Invencible*. Hoy soy más viejo que mi padre. Hoy mi padre es *el hijo que no tengo*. Creo tener algunas respuestas a las preguntas desencadenadas por su prematura aunque no imprevista partida. He logrado conjurar de-

monios que en algún momento lo vencieron, pero me resulta imposible no mirarme en su espejo. La vida es mejor que la escritura, pero el estigma sanguíneo permanece, para bien y para mal, como el fuego de San Telmo en que templaban sus armas los arponeros del Pequod. Vencer a la blancura y al silencio, sí. Conservar el honor, la varonía, pero mantener a raya los embates de la sombra.

Rubén Bonifaz Nuño nació el mismo día y el mismo año en que mi padre biológico vino al mundo. En este barrio, el niño Rubén soñaba con ser héroe y mago. Sus compañeros más hondos, llamados Salgari, Dumas y Rider Haggard, lo hicieron lector. Más aun, protagonista de combates en que llevó a la práctica la condición de la aventura con el anunciado riesgo del fracaso, suprema iluminación del que se arriesga. A sus ochenta y seis años, los mismos que ahora tendría mi padre, traba combate diario por la vida, enfrenta sus cotidianas humillaciones con estoicismo y entereza y nos hace entender cada día más el sentido de aquel verso suyo donde afirma que “es mejor sufrir que ser vencido”. Mi padre Martín dejó de creer que al escribir para uno se escribe para otro. Y ese otro, que acaso nunca conoceremos, nos justifica sin saberlo él ni el nosotros que con él labramos la más poderosa armadura. El poema de mi padre Rubén implica escribir para aquellos que, no obstante su desamparo, gracias a su desamparo, forjan las armas para sostener el ignorado heroísmo de ser hombre.

Tras el disparo de salida en las carreras de larga distancia, el mayor de los estímulos es la frase “Los esperamos a todos en la meta”. Cuando los de mediano rendimiento llegamos a la mitad de la competencia, es un honor ver a los punteros, kenianos con piernas de antílope, cercados por carencias y dobles ansias de vencerlas. Sabemos que ellos llegarán antes que todos. Uno sigue corriendo, seguro de no tener el cuerpo, la condición, la disciplina del que encabeza ese nosotros afanoso y gratuito al que consagramos cada minuto y cada esfuerzo de ese día. Al vislumbrar la meta y cruzarla con el último aliento, somos parte del héroe que hizo lo mismo que nosotros pero lo hizo mejor. Así con la escritura. Escribir es tener orgullo y humildad. En ese orden. Orgullo para profetizar, como Zola: “Seré Balzac o nada”. Humildad para admirar la gloria de ese otro que *ha visto lo que nosotros hemos creído ver*. Uno cruza la meta como puede y no como debe. No se trata de falta de esfuerzo sino de plena conciencia de los poderes con los que contamos. Es posible expandirlos, entrenarlos, pero íntimamente sabemos lo que somos. La expresión “Los esperamos a todos en la meta” puede ser hermana de la frase amarga y soberbia de Salieri cuando dice a su confesor: “Bienvenido al Universo de los mediocres”. En su sentido más hondo, subraya la sabiduría ancestral rescatada por uno de nuestros más jóvenes clásicos:

Después me dijo un arriero
que no hay que llegar primero
sino hay que saber llegar.

Octubre de 1993. No me duele una mujer en todo el cuerpo, como en el verso que Borges concibió para los vulnerados. Me lastima cada uno de mis músculos tras haberlos sometido al esfuerzo de medio maratón. Correr es como escribir. No hacerlo acabaría con ese inexplicable y absurdo sufrimiento. Pero también con el goce más sublime y pleno logrado en soledad. Me baña, con el mismo vigor y contundencia de la regadera que me bautiza como la primera vez, el fragmento del epistolario de Flaubert, al que acudía mi padre con frecuencia: “Pero la vida es tan corta. Nunca escribiré lo que quiero, ni la cuarta parte de lo que sueño. Toda esta fuerza que se siente y que te asfixia, habrá que morir sin haberla desbordado”.

A La Invencible se llega con preguntas. Nunca se sale con respuestas. El primer caballo de tequila que invade el estómago vacío abrillanta hasta la última de las piedras del barrio, como cuando sobre ellas cae una lluvia prolongada y nos otorga la momentánea ilusión de que será más breve la distancia entre experiencia y escritura. Para que el fuego nacido del impacto sea fruto de la sustancia y no del artificio. Alejar las palabras de la vida para que a ella más se acerquen.

Me llega, como muchas otras imágenes reincidentes, una de los últimos días que vivimos en el centro antes de irnos a la colonia Roma, tierra entonces ignota y prometida. Papá se encuentra en el interior del único coche que tuvo. Mientras llega el muchacho que manejaba para él, espera, leyendo como siempre. Una parroquiiana de *La antigua Roma*, que parece salida de una película de Ismael Rodríguez, se le acerca, curiosa e insolente. Junto a su aliento fermentado, le lanza una pregunta que es afirmación al descubrir a un ser en apariencia ajeno a la fauna del barrio: “Ese mi valedor, de qué las compone”. Mi padre la mira y lanza espontáneamente la carcajada infantil que nunca debió de haberlo abandonado. A ella me aferro para que no me abandone.

En su última clase, el maestro Quirarte dejó un solo trabajo. Con el paso de los años he aprendido que consiste en escribir la carta que no pudo dejarnos. Su herencia fue la vida, la invencible. Su ejemplo final nos ha llevado a intentar agotarla, abrirla las piernas, seducirla sin tregua para lograr sus más altos dones. Como la escritura, puede ser conquistada por momentos, siempre y cuando seamos dignos de las armas para combatirla, hacerla nuestra aliada y vencer al común enemigo. El día en que murió papá di comienzo a esa tarea. Aún no la termino en esta sucesión de años que ya van siendo muchos. La intento en la mesa de trabajo que fue suya. Si vivir es escribir con todo el cuerpo, la resistencia es mejor que la existencia. **U**